



Discusiones sobre la derrota:

Marco.

Polo.

Marco.

Polo.

¿No piensa dirigirme la palabra? Hoy no, quiero descansar. ¿Descansar de qué? ¿Acaso en qué está tan ocupado el señor como para no tener alientos? Eso no es de su incumbencia, menos cuando ya lo sabe. Ya sé.

¿Entonces? No moleste. No lo hago. Claro que sí. Que no.

Marco.

Polo.

¿Y es que “don cansancio” le siguió dando vueltas al asunto? Cuénteme bien si es que le quedó gustando la senda de la estupidez. Sí, me gustó.

¿Ve? Cualquier cosa que uno le diga le entra por un oído y le sale por el otro. Ya sé. No, no señor: no es de saber, es de aprender. Que sí, que ya sé. Que no, que no sabe.

....

....

¿Otra vez esa muchacha? No moleste que estoy cansado. Entonces responda para que pueda descansar. No le importa. Claro que sí. Que no. No sea terco y cuénteme, ¿acaso la volvió a ver? Sí. ¿Otra vez con ese vestido azul tan feo? No. No me mienta. Bueno, sí, ¿usted cómo sabe que traía puesto? Porque yo lo sé. No, usted no sabe. Sí: lo sé todo.

Marco.

Polo.

¿Qué tanto sabe usted, supuestamente? Yo sé que fue el mismo sueño: unas habitaciones ennegrecidas que se conectaban con pasillos de penumbra y usted caminaba y caminaba y se agotaba y volvía a caminar y, luego, apareció ella con ese vestido azul, el que usó la última vez que la vimos, y usted le acarició las manos y las yemas de sus dedos sintieron levemente la suavidad de sus cabellos mientras ascendían hasta el rostro y, al encontrarlo, se dieron un gran beso con lentitud; todas pendejadas. No, usted no sabe cómo fue. Sí, si lo sé, ¿acaso no lo acabo de describir? Bueno, pero usted no sabe cómo se sintió. Sí, eso lo tengo claro: lo tenemos claro. Usted no lo puede saber, ese beso fue para mí.

....

Yo vi que ahora tenía las puntas de sus cabellos de color rojo. Eso usted no lo detalló.

....

Y usted sabe lo importante que esas cosas en ella, sus cambios, sus arreglos, son para mí.

....

Marco.

Polo.

Marco.

Acuéstese a dormir, mejor. Diga Polo. No, es momento de descansar, ¿no dijo que estaba muy agotado? Hasta que diga Polo. No. Se lo ruego, diga la palabra mágica. No quiero. Ayúdeme, no me deje solo. Vaya más bien a soñar con su mujercita. No porque ella está muerta, ya no quiero. Entonces no sueñe y ya. Pero diga Polo. No. Dígalo. No. Marco. Que no. Marco. Eso ya no funciona. No me haga esto hoy, por favor. No nos hagamos esto nosotros entonces.

Marco.

....

—Maldita sea —afirmó, alejándose lentamente del espejo. Retiró las cobijas de la cama del hospital y soñó, esta vez, con pasillos menos oscuros.

Dificultades para cazar un monstruo:

Me atraparon. Quieren saber los métodos para cazar un monstruo. ¿Un café?, me dice uno de ellos. Niego con la cabeza: no me gustan las bebidas calientes.

Ellos son amigos del monstruo: la criatura de aliento fétido a la que cacé. El ser tenía grandes manos, dedos ultrajados que terminaban en filosas uñas dispuestas a batirse a duelo con mis dagas. Sus hombros terminaban en enormes protuberancias que, según estos cómplices, no eran más que partes de una joroba producto del paso del tiempo.

Me preguntan el porqué del asesinato —ellos lo llaman así porque no conocen el juramento que hicimos los miembros del *Infra Mundum*— y me alegro: prefiero ese interrogante a tener que contestar el cómo. Eso revelaría las tácticas que por generaciones han estado ocultas de los humanos incautos. Lejos de la superstición, a la deriva de la infamia.

También es cierto que no fue fácil: encontrarse con un monstruo que no responde a las rutinas complejiza su localización: un lunes iba a un restaurante italiano a devorar una pasta rebosada de salsa boloñesa y el lunes siguiente aparecía en un local en el que los alimentos escurrían aceite de sus bordes. El seguimiento a un monstruo itinerante es la tarea más difícil de un cazador. En el Gran Manual hay pasajes en los que se habla del acecho a las criaturas que se camuflaban entre las caravanas de los gitanos y vagaban por el mundo conociendo la idiosincrasia de los humanos: al parecer, la más inusual de las especies.

Sabe que hay registros de vigilancia que desvelan su persecución, ¿no? Yo seguí al monstruo como una mascota que sortea los tiempos y los espacios para aferrarse al pie de su amo. Supe que su propósito no estaba ni cerca de la conquista de la especie humana: apenas estaba aprendiendo nuestros comportamientos básicos.

Asistía a recitales de teatro improvisado para conocer nuestras tácticas de escape ante situaciones apresuradas; ojeaba el contorno de los seres femeninos deteniéndose sin disimulo en las prominencias frontales; examinaba nuestras formas de reproducción mediante la adquisición de metrajes poco decorosos; visitaba hospitales con la excusa de donar sangre y parte de su médula: allí, en realidad, observaba las dinámicas de las enfermedades que fulminaban nuestra existencia.

El interrogador sale. Afuera se encuentra con un sujeto que al hablar expone la insólita separación de sus dientes. Cadena perpetua, dice el sujeto que me ofreció el café mientras me observa entre los claroscuros de la ventana. No sabe que yo aprendí a leer los labios. La silla eléctrica queda mejor ¿No? Acuérdesse cómo dejó a ese pobre hombre en el hospital. Y los dientes separados tienen razón: la bestia sucumbió en una habitación oscura del sitio en el que fingía dolores en la espalda baja cuando lo inyectaban. Lo seguí después de que compró un par de “devedes” —o así escuché que los llamaba— con mis dagas santificadas por el pontífice de la logia. Ingresé y, pese a ser una escena digna de un guionista que desconoce la dinámica del miedo, tomé una bata que estaba colgada en el espaldar de una silla y me camuflé entre esos seres. Mi daga se clavó en una espalda que reposaba sobre una camilla. Era él. O eso. El monstruo.

La daga se extrajo de la columna y empezó a abrir otros espacios del cuerpo abominable. Cuando aún quedaba un fragmento intacto —nosotros los humanos lo llamaríamos “dedo anular”— llegaron los secuaces de la bestia y con maniobras acrobáticas detuvieron mi propósito.

Ahora estoy aquí, rodeado de seres con un extraño parentesco con los humanos. Con una insignia que cuelga de los costados de sus camisas: esos mismos símbolos que, por años, han detenido a mis compañeros de la logia. ¿Cómo se cazan los monstruos?, pregunta con sorna el hombre al ingresar. Afuera titilan unas luces rojas y azules. Así brillaba el carruaje que me trajo hasta este recinto macabro.

Van por más cazadores. Empezó la guerra.

Juan Felipe Rodríguez Pérez